

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
 Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
 25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO

Advertencia.—"Desde San Sebastián," (segunda corrida), por Don Jerónimo.—"Fortuna te dé Dios.....," por J. S. N.

ADVERTENCIA

De nuevo tenemos que anunciar a nuestros lectores que el número próximo de LA LIDIA será extraordinario y lo dedicamos por completo a la capital de Guipúzcoa.

Una vez más, Perea nos ha demostrado que es el artista sin rival en este género, haciendo para el cromó de este número una composición alegórica que es, sin disputa, la mejor de cuantas ha producido su valioso lápiz.

DESDE SAN SEBASTIÁN.

SEGUNDA CORRIDA

Sr. D. Julián Palacios

PROPIETARIO DE LA LIDIA, ETC., ETC.

Madrid.

I

El pelo de Rafael

No vaya V. á creer, querido Palacios, que el epígrafe *El pelo de Rafael* es muestra de peluquería, por más que se trate de la sedosa cabellera de Lagartijo.

He recibido la carta de V. en la cual me pregunta con ansiosa premura por la coleta del insigne maestro cordobés, cuya retirada del toreo ha causado, por lo visto, en Madrid, muchísima más sensación que la última crisis ministerial.

Tranquilecese V. y tranquilice á los apreciables habitantes de la coronada villa. No, no y no; Rafael Molina, Lagartijo, el primero de los Rafaeles de la tauromaquia moderna, no se corta la coleta, no se retira del toreo. Palabra de honor que no se retira.

Lo que ha ocurrido, lo que ha dado margen á la infame noticia, es lo siguiente:

El hombre había descuidado un tanto, durante la actual temporada, el arreglo de la cabellera. Llegó á Valencia, y terminadas las cuatro corridas, parece ser que la Empresa le invitó á firmar la escritura para el año que viene.

Rafael, al oír la proposición, echóse ambas manos á la cabeza; hubo de encontrar en ella un montón de pelos algo más crecido de lo conveniente, y dirigiéndose á la Empresa, diz que pronunció estas palabras:

—Daquí al año que viene nadie zabe lo que púe pazá. Ya hablaremos ma tarde, y me voy á cortá er pelo.

Y se encaminó, en efecto, hacia una peluquería, donde un capilógrafo distinguidísimo de Valencia, arregló la cabeza á Rafael.

Dos periodistas valencianos estaban presentes cuando Lagartijo dijo: «y me voy á cortá er pelo». Pa-

lidiéron primero, *lividecieron* después, y fuéronse al telégrafo. Lo que pasó, ya puede suponerse. Dieron la noticia, y el pelo de Lagartijo se introdujo en la garganta de todos los aficionados y en las columnas de los periódicos, armando una verdadera revolución.

Cuando el célebre diestro llegó aquí el sábado, el audén de la estación podía á duras penas contener á los que acudían á adivinar en el semblante de Lagartijo las profundas emociones que debían dominarle.

Lagartijo bajó de su coche y como le asediaban á preguntas, cogióse la coleta con la diestra mano, zarandeóla con suma gallardía, y en medio de una indescriptible emoción, exclamó:

—Cabayero, que no me la corto, ea; que no me la corto hasta que lo toro ze queen conmigo!

Un formidable ¡viva Córdoba! acogió las elocuentes palabras de Rafael, y nos retiramos todos conmovidos al presenciar aquella grandiosa escena.

Conque ya lo sabe V. y dígalo muy alto. El pelo de Rafael no dimite; continúa en el Ministerio de la tauromaquia, tan arrogante, tan rozagante y tan campante como antes.

Vamos á los toros y veamos si los Carriquiris corridos han atentado contra el cuero cabelludo del matador cordobés.

II

La corrida.

Ay! querido Palacios, que todavía no he vuelto en sí á consecuencia del horrible susto que Rafael nos dió en el quinto toro. No ya la coleta, que esto es nada, sino la vida estuvo expuesto á perder el domingo, el más elegante y simpático de los toreros presentes, pasados y futuros. Las carnes me tiemblan al recordarlo; y conste que hablo en serio.

No anticipemos los sucesos, y vamos á la reseña de una corrida que formará época en la historia de Lagartijo.

A las cuatro y media y algunos minutos, por retraso de la cuadrilla, se hizo el paseo, y cruzaron el ruedo ambos Rafaeles (Molina y Guerra), con sus respectivas cuadrillas, siendo acogidos con bastante aplauso.

A los pocos instantes rompió plaza

Malagueño; castaño ojalado, de libras, apretado y corto de defensas y con cara de gato. Hizo la faena del primer tercio huyendo cuando no había enemigos montados por delante, pero arreando con estos brava y poderosamente cuando los veía á tiro. Tomó 10 varas, propinó cuatro caídas, mató tres caballos, tomó el olivo por el 5, y dió ocasión á Rafael para que rematara dos quites, con otros tantos recortes, que le valieron palmas. Bejarano y Feijóo rajaron á *Malagueño* con admirable maestría.

Cambiada la suerte, y estando el animal algo reservón, Juan Molina clavó dos pares cuarteando, y Manene par y medio; al cuarteo el par y al relance el medio.

Rafael, ataviado de verde lechuga y plata, se encontró á *Malagueño* convertido en pera en dulce, es decir, bravo, noble y con las suficientes facultades para que se hubiera lucido. Sin embargo, el matador tuvo á bien no confiarse, y echó por delante la siguiente faena: un pase natural, otro con la derecha, dos por alto, uno preparado de pecho y dos medios pases, y un pinchazo en hueso perpendicular, cuarteando; un pase natural, otro cambiado, dos con la derecha, y media estocada atravesada, arrancando de lejos; un

pase natural y seis medios pases, y un intento de descabello, en que tocó lo bastante para que el toro doliera á fuerza de capotazos secos.

Arrastrado que fué el triste *Malagueño*, presentóse en la plaza el segundo Carriquiri, que era castaño, ojo de perdiz, sacudido de carnes, y sin cara ni cuernos. Fué en varas un guasón sin poder, que tomó, á fuerza de acosones, nueve varas, hirió dos caballos y volvió la jeta. El Torerito salió de primeras, citando malamente al quiebro, cuando el toro venía andando cereniéndose, y clavando un mal par, del cual salió de mala manera y casi embrocado; después clavó un par de sobaquillo, y su compañero Cosme dejó dos pares, uno de sobaquillo y otro al cuarteo.

Guerrita, de azul celeste y oro, se encontró con un borrego, como el anterior, y comenzó á pasar con desahogo, torcando al tanteo, con dos pases naturales y uno cambiado, muy lucidos, después de los cuales clavó media estocada á paso de banderillas. Después de este comienzo, el chico largó nueve pases con la derecha, uno cambiado, cinco de telón, dos preparados de pecho y tres medios, y se echó fuera en una estocada tendida, un pinchazo en hueso, con tropezón á la salida, y una estocada contraria y caída que despenó á *Veruelo*, que así se llamaba la víctima del segundo de los Rafaeles de Córdoba.

Castaño chorreado, cara de gato y ojo de perdiz, de libras, corto, apretado y vuelto de pitones, fué el tercero, llamado *Moncayo*; un buen toro, bravo y de poder, aunque tardeó á los rajones de las plazas montadas. Recibió siete puyazos, dejó caer á los rajadores cinco veces, mató cuatro caballos, y dió margen á más de una bronca por el horrible herradero en que convirtió la plaza. Verdad es que aquello fue un herradero toda la tarde.

José Bejarano disparó par y medio á la media vuelta, y Juan Molina prendió medio par de sobaquillo, después de lo cual, Rafael, encorvándose y huido, dió al animal dos pinchazos y una estocada muy ida y algo descolgada, todo ello á paso de banderillas al cuarteo. Los pases fueron: nueve con la derecha, dos de telón, uno preparado y cinco medios.

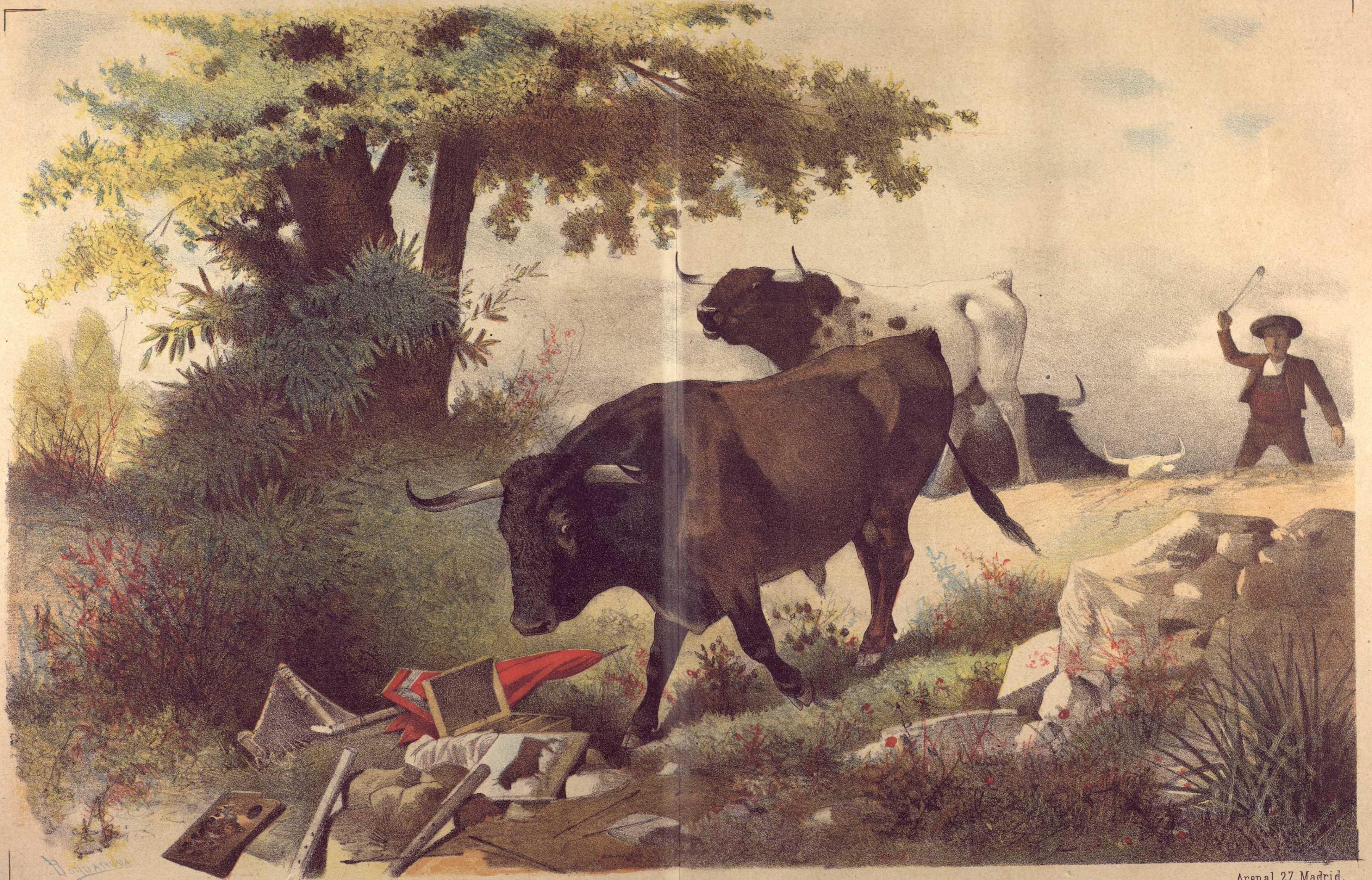
El cuarto fué *Respeto*; negro albardado, listón, ojalado, bociblanco y estrecho, pero con más cara de toro y mejor colocado que los anteriores, aunque corto también. Aguantó ocho puyazos, dió tres caídas, una al descubierto, estando Guerrita al quite, y otra de zapatilla, y dejó un caballo en la arena. La faena fué de toro blando que desea najarse.

Manene prendió dos buenos pares cuarteando, y Juan Molina dejó uno abierto al sesgo, y medio al relance, que le valió un palo en la mano derecha. El bicho, que estaba guasón, amenizó el tercio con dos saltos al callejón; el primero por el 1, y el segundo por el 2.

Lo que Guerrita hizo con el infortunado *Respeto*, no es para descrito. Allá va, sin embargo, la cosa: 47 pases de muleta y 50.000 pases de capote, que se repartieron Juan Molina y Manene. Media estocada atravesada y perpendicular; una honda muy ida; una atravesada y tendida; un achuchón por intentar el descabello estando la res lamiendo un caballo muerto; un pinchazo y una estocada muy tendida, que salió al fin en tierra con el pobre animal.

* * *





La cogida de Rafael.

Prodújola el quinto toro, llamado *Clavellino*; negro zaino, listón, meleno, sacudido de carnes, corniapretado y cornivuelto, con cara de toro y hechos de tal. La gente de á caballo lo estropeó de un modo despiadado, rajándole los bajos y dejando una vara clavada en los encuentros, en medio de gran bronca y dos botellazos de otros tantos hotentotes.

Clavellino tomó con mucha bravura once varas, deshizo un caballo á la salida, y mató otro más. La lidia fué un incalificable herradero que no bastó á quitar bravura á aquel valiente animal.

Tocaron á banderillas y Rafael tomó un par, después de ordenar á Guerrita que tomara otro. Aquí empezó una lluvia de capotazos para colocar el toro á gusto de Guerrita que salió del paso con un buen par al cuarteo, previas dos salidas falsas, y medio al sesgo. Lagartijo prendió al sesgo un par admirable y luego otro muy malo en la misma suerte, siendo extraordinariamente aplaudido, por el primero.

Cogió luego el matador estoque y muleta y, aquí viene el desavío. Rafael se apoderó del toro al primer pase y lo toreó, bravo y en la cabeza, con tres naturales, uno cambiado, uno preparado con salida contraria y dos preparados con salida natural, después de los cuales, y en cuanto se cuadró el toro, lió, se echó encima del enemigo y clavó hasta la mano una inmensa estocada arrancando, siendo derribado instantáneamente. El bicho le metió tres veces la cabeza, lo pisoteó, lo hizo polvo, durante un cuarto de minuto, sin que los capotes de las cuadrillas, desplegadas en semicírculo, al rededor del *Clavellino*, hicieran cejar á éste en sus continuos derrotes. Lagartijo trató de levantarse dos veces y las dos veces arrojó el toro con él, revolcándolo en la arena, hasta que se quedó embebido y fué á caer, hecho una pelota, metiendo el hocico en las tablas.

Rafael se levantó, medio atontado y descompuesto, abriendo los brazos y en actitud de pedir apoyo; pero se rehizo en seguida, y manifestó que estaba ileso. La emoción del público, al ver aquella espantosa cogida y su alegría delirante al ver que Lagartijo no estaba herido, no se describen, porque no hay posibilidad de hacerlo.

La ovación fué inmensa y se prolongó durante algunos minutos, después que arrastraron á *Clavellino* y salió, para dar fin á la corrida, el sexto Carriquiri.

Llamábase *Sargento* y era castaño chorreado, ojo de perdiz, cubeto, largo y estrecho, pero con la cara de más respeto de toda la tarde. Fué en varas voluntario al principio y huido después; tomó cinco garrochazos y dió una caída á un piquero, que rompió con su cuerpo los tabloncillos de la barrera y cayó al callejón.

Manene clavó un par abierto al cuarteo y otro muy bueno segando; y el Torerito repitió las dos suertes de su pareja, aunque de peor modo.

Guerrita se encontró manso á *Sargento* y lo mandó al desolladero de una estocada honda é ida, á paso de banderillas, y volviendo la cara, y una muy buena á volapie. Los pases fueron: dos naturales, 13 con la derecha, con un desarme, 17 de telón y tres medios.

RESUMEN.

Los toros de Carriquiri, han dejado muy bien puesto el pabellón. Se las hubieron con un escuadrón de picadores cuyos nombres no quiero citar, para hacerles favor, y resistieron con valentía los innumerables rajones y los infinitos capotazos que les dirigieron contra el pescuezo y contra las piernas. Sobresalieron el 1.º, 3.º y 5.º; trajeron cara de toro el 4.º, 5.º y 6.º; y cuanto á defensas, pudo confiarse con ellos al meter el brazo cualquier matador. Esta es la pura verdad. Mataron 15 caballos.

Rafael.—¿Qué traían sus toros 1.º y 2.º? Nada, nada, absolutamente nada el primero y casi nada el segundo, que se quedó un poco, pero que acudió cuantas veces le metió el matador la muleta en la cara.

Ninguno de ellos se le acostó de un lado; ninguno se asombró; ninguno se le coló; ninguno le avisó para nada desagradable; pero todos conservaron piernas, y aquí está lo único que pudo justificar las arrancadas de largo y cuarteando que usa Rafael en cuanto los toros no están quebrantados de patas. ¿Y para qué sirve entonces la muleta? Los toros navarros se matan con el trapo; lo dije en mi revista anterior, y lo repito ahora.

Mientras no se les destronque, toreándolos en redondo con pases naturales sobre una mano, sujetándolos en los vuelos de la muleta y dándoles salida larga para que el recorte sea más fuerte, no hay medio de aplomarlos para el volapie. Para recibirlos ó matarlos al encuentro, esos son otros cantares.

Los que mató Rafael eran ideales para eso; pero como el fuerte de Lagartijo es la estocada á toro parado, no podía jamás emplearla lucidamente con toros navarros, mientras no los reviente antes, toreándolos de muleta como queda dicho.

La horrorosa cogida que sufrió en el quinto, viene á probarlo elocuentísimamente. Voy á demostrarlo, como dos y dos son cuatro.

1.º El toro quería la muerte en las tablas; no hay sino fijarse en la faena que hizo en banderillas, para convencerse de ello, y no tenga yo que insistir más.

2.º No estaba lo suficiente castigado con la muleta, para arrancarse, como se arrancó Rafael, dada su especialísima manera de estoquear.

Toda la cogida estuvo en eso. El toro quería las tablas, no como defensa, porque no se defendió nunca

en ellas, sino como alivio, porque se encontraba allí más cómodo. De modo que en las tablas no pesaba una pluma.

Rafael lo agarró en los tercios y se confió con la muleta y toreó con mucho desahogo y con mucho lucimiento. ¿Pero castigó? Vamos á verlo: de los siete pases que dió, hubo tres naturales, uno cambiado y tres preparados, de los cuales, uno de salida contraria. Es decir, que de los siete pases, solo tres (los naturales) fueron de castigo, mientras que el cambiado y los preparados de pecho sirvieron para descomponer la cabeza al toro, sin atentar ni un momento á sus piernas.

Ahora bien, estando el toro fuera de su querencia, de las tablas, tenía que pesar más y requerir, por tanto, mayor castigo; pero Rafael, engreído con lo bien que había tomado el animal los pases, y viéndolo cuadrado, hizo diez arrobos de coraje y arrancó á matar ¿Derecho? Como una bala. ¿Corto? Más de lo que acostumbra, sí; pero lo que el toro pedía, no.

Poco castigado *Clavellino*, en cuanto vió al matador arrancar, arrancó él también con gran bravura é hizo lo que el matador no esperaba: hizo reunión, y reunión tanto más estrecha, cuanto que arrancó desde un terreno al cual le había llevado contra su voluntad, Rafael. Y como Rafael lleva la muleta en el pie derecho (el paso atrás), y el toro le emmendó la salida, no dándole tiempo para cuarteo, tanto más cuanto que la arrancada fué sobre más largo de lo que las piernas de la res requerían, de aquí que al derrotar á la muleta, diera con el cuerpo de Lagartijo, como contra una masa inerte y se quedara con el matador á boca que quieres. Ni hubo más, ni hubo menos.

Hubo que Rafael arrancó derecho; que el toro arrancó tan derecho como Rafael, y hubo, que haciendo de más por él, no tuvo más que hociar á la muleta, para dar en tierra con el cuerpo del matador, porque éste se engañó de medio á medio, creyendo que podría llegar á meter el brazo, antes de que el toro le ayudase.

Total: una horrible cogida porno vaciar y por querer entrar á matar como Rafael entraba *in illo tempore*.

Por mi parte, aseguro á V., amigo Palacios, que vi á Lagartijo quitarse veinte años de encima y que me quitó otros tantos á mí. Y me rompí las manos aplaudiéndole, al verle ileso, y hasta me permití echarle un cigarro habano. Estuvo Rafael valiente, admirable, al entrar á matar. Si llega á salir de igual manera, soy capaz de gritar ¡viva Córdoba!

Pero no, no y no. Prefiero mil veces que le llamen «maestro» porque los toros no se queden con él, que verle como le vi hecho cisco á los piés del quinto Carriquiri, con el valor incólume y la maestría por el suelo.

Los lagartijistas de aquí, los que han venido de Madrid, se entienden, están locos de contento y ponen por las nubes á su ídolo porque se dejó coger. Hay quien dice que lo hizo de propósito, porque sabía de antemano que el toro no le tocaría, porque vió que era cornivuelto (á eso debió Rafael su salvación) y arrancó á dejarse matar.

Rafael estuvo en banderillas, admirable en su primer par al sesgo, que clavó como quien lava, al ver venir al toro gazepeando por el hilo de las tablas. En su segundo, y al ver dirigirse al toro en demanda de un caballo muerto, creyó que no se desviaría de la querencia, y se echó fuera, abriendo los brazos, cuando el animal se emmendó y se vino sobre Rafael, que salió de naja con todos los piés.

En los quites, guapo, y en la dirección infernal. Seis toros, seis derraderos. En conjunto, y gracias á la cogida, una gran tarde para Lagartijo.

Guerrita.—Guapo y sosedado con la muleta, en general, pero encorvándose á veces más de lo conveniente, y hartando á los toros de trape, atendiendo más al adorno que al castigo. Al cuarto toro que no pesaba nada con la mano derecha, se empeñó en torrearlo al revés, y lo descompuso.

Con el estoque, no se comprende que su maestro Lagartijo le deje pasar el detestable resabio de convertir la espada en banderilla, y de pinchar, como el Espartero, levantando el codo desmesuradamente. Hiriendo así, y entrando á matar de largo, no se va á ninguna parte, Sr. Guerrita, como no sea á enterrarse en el olvido. Y V. que es un lidiador muy bonito y de mucha sangre, está ahora en edad de mejorar y de acercarse á los toros. Traiga V. con el estoque y la muleta la misma desvergüenza airosa que trae V. con el capote, y podrá salir algo de provecho.

Al dar la última estocada al último toro, le dijo á usted Rafael:

—A acercarse y á quedarse con él.

Y se acercó V. y se quedó V. con el toro, dándole una buena estocada. Así siempre aunque no siempre le prediquen á V. con el ejemplo, que al fin y á la postre, su maestro de V. lleva más de veinte años rompiendo zapatillas y V. empieza ahora á romperlas.

Al muchacho le tocaron, con el 4.º y 6.º toros, los huesos de la corrida, y por eso no insisto. En la brega, estuvo muy trabajador. En banderillas, desgraciado.

Manene se distinguió entre los banderilleros. En la brega, estuvo hecho un monstruo Juan Molina, cuya manera de arreglar los toros «á la cordobesa», es de todo punto admirable. ¡Ese sí que es un maestro con el capote! Pero un maestro en toda la extensión de la palabra.

Los picadores... Pepe Calderón se ha jubilado, y está lastimado Manolo. Los que rajaron ayer eran de oro; echaban lumbré. ¿Pertenece también á la escuela cordobesa? ¡Qué buen humor!

La Presidencia, acertadísima en todo; presidió el

teniente alcalde D. Alfredo Laffitte. Buena la entrada y satisfecho el público.

Y hasta el 15, en que Rafael, después de la cogida del 8, matará seis toros de Aleas. ¡Y dicen que se va á cortar el pelo! Cortaban!

DON JERÓNIMO.

San Sebastián y Agosto á 9 de 1886.

FORTUNA TE DÉ DIOS.....

El día 8 del presente Agosto y casi á la misma hora sufrieron peligrosas cogidas en las plazas de San Sebastián y de Madrid, el celebrado diestro cordobés Rafael Molina, *Lagartijo*, y el novel espada Juan Jiménez, *el Ecijano*: aquel por un toro navarro de Espoz y Mina, y este por un colmenareño de D. José Antonio Sellés, vecino de Cerceda.

La cogida del famoso diestro ha tenido resonancia en toda España, y de la del valiente principiante se ha hecho poco caso, á pesar de que las consecuencias en él han sido graves, y aquél, por fortuna, no sufrió daño alguno. Si considerándolos como hombres, tanto nos interesa uno como otro, no sucede lo mismo al apreciarlos como toreros, que al fin, nosotros y toda la afición, lamentaríamos en mayor grado, cualquier desagradable suceso en la persona del antiguo matador que tantas simpatías goza. No vamos, pues, á establecer comparaciones, y mucho menos paralelo entre uno y otro diestro, que no son posibles tratándose de personas, á quienes dentro del arte taurino separa tan gran distancia: pero esto no quita para que exclamemos: *¡lo que es tener buena estrella!*

Lagartijo, en su toro, se arrancó corto, derecho y con valor, y fué enganchado, volteado y corneado, saliendo por milagro ileso del angustioso trance: la tremenda hazaña del cornúpeto, fué victoreada, ensalzada y circulada y comunicada á todo el Universo, por el placer que causó la serenidad del torero y su fortuna.

El Ecijano, al matar, se arrancó en corto, derecho y con mucho valor, y fué enganchado y herido gravemente, sin que esta fatal circunstancia le hiciese apartarse de la cabeza de la res ni perder su serenidad hasta verla tendida en el suelo. El público aplaudió tal valentía, pero su entusiasmo no traspasó los muros de la plaza.

Y, sin embargo, ambos espadas mataron del mismo modo; ambos dieron magníficas é iguales estocadas, de muerte inmediata; los dos se arrancaron de cerca; los dos por derecho, y los dos con igual arrojo. Nada podía pedirseles al engendrar la suerte. ¿Y al consumarla? ¿Qué hicieron de la muleta, que es el timón que ha de guiar la ruta del bicho? ¿Cómo olvidaron que yéndose al toro de cerca y sin abandonar la línea recta, sin usar bien de la mano izquierda, la cogida es inevitable? ¿No se acordaron de que la muleta no sirve sólo para dar pasitos de efecto, sino que su fin principal es el de vaciar al meter el brazo? ¿Creyeron que del embroque, del centro de la suerte, se sale de igual modo, arrancándose derecho y como el arte manda—según hicieron—que cuarteando y á paso de banderillas?

Otra coincidencia. Tanto el toro de Lagartijo como el del Ecijano, estaban, al recibir la estocada con los terrenos cambiados, tapándoles los matadores la salida natural á las tablas, lo cual es contrario á los preceptos del arte, y permitido únicamente en casos excepcionales. Lagartijo tal vez creyese oportuno entonces ese caso; pero el Ecijano, que sabe menos, de seguro no pensó en ello. Pensándolo ó no pensándolo uno ú otro, el resultado fué igual; y si la diosa coqueta no hubiese volado de Madrid á San Sebastián, lo cual no nos pesa, aunque sintamos en el alma la desgracia del Ecijano, sabe Dios cuál de las dos cogidas hubiera sido de peores consecuencias; porque una vez enganchado un hombre por el toro, el azar es quien dispone su destino, que no el arte ni la inteligencia. Atravesado el muslo derecho en su parte superior interna, y con otras dos heridas, Jiménez cruzó el ruedo á pie hasta la enfermería. Diez minutos después marchaba también al mismo sitio el conocido Leandro Sánchez, *Cacheta*, que por empeñarse en colear un toro sin necesidad, fué cogido y corneado, sufriendo otras heridas graves en el muslo derecho. Dicen que ambos heridos continúan enfermos de cuidado, especialmente el último, y lo sentimos de todas veras, invocando á aquella diosa para que los atienda ahora, ya que los abandonó antes por acudir á las orillas del mar. Es verdad, que baza mayor, quita menor.

¿Por qué la Fortuna no asiste por igual al grande como al pequeño?

J. S. N.

Por falta de espacio retiramos el original que nuestro amigo Sr. Ros nos ha remitido, dándonos cuenta detallada de las corridas verificadas en Cartagena los días 7 y 8 del actual; sólo diremos que el público ha quedado complacido en general, puesto que la empresa á presentado dos buenas corridas; que Frascuelo ha estado bien en cuatro toros y mediano en dos, y que el Gallo ha hecho en las dos corridas un trabajo muy aceptable.